

Rogelio Fernández Güell

Dedicado fraternalmente al Teniente Coronel don Nbo Rojas y al caballero don Ibes Segura.

Su nombre es una estrella nacional con refulgencias de oro puro. Un número pitagórico de nuestra ciencia hermética, una entidad esotérica y firme, como un símbolo egipcio, como la cabeza trascendente de la Esfinge mirando hacia lo infinito de los desiertos y surgiendo armoniosamente de las vastas arenas... O la prominencia majestuosa de una pirámide que rompe la monotonía de nuestras llanuras; el mago importador de los arcanos secretos; o el príncipe del verbo oculto y sagrado... El mensajero de ultratumba que ha alzado a nuestros ojos con su mano de seda el velo de psiquis y blandido en las campañas del espíritu la sonora lanza de los ensueños profundos y luminosos con la rapidez del águila en los espacios, con la tenacidad del flechador de almas extraviadas, con la fe del conquistador invicto, jinete en los áureos corceles de la inspiración... Siempre bello, siempre inflexible, en el error como en la verdad, bogando en la barca de sándalo de su conciencia, sobre la armonía de las ondas arcanas... Dijérase que nació príncipe y murió príncipe sin desviarse en la sinuosidad de las batallas eternas, como espíritu de misiones heráldicas. Un hombre regio de frente oceánica, de ademán sobrio y definitivo y de mirada impertérrita como un látigo. Conocedor de las antiguas claves y amator heróico de las antiguas virtudes caballerescas...

Ahora, muerto como está para el mundo de la carne, imagínomelo como un león dormido sobre el escudo de bronce labrado, en el arenal de la historia. Y, sobre él, el vuelo de sus águilas infatigables...

M. VINCENZI